¿Para qué la ciencia?

JOSÉ MANUEL SÁNCHEZ RON

La crisis producida por el vertido del *Prestige,* como hace algún tiempo los casos de las denominadas *vacas locas,* el accidente de Aznalcóllar con sus consecuencias para el ecosistema de Doñana o los posibles efectos de radiaciones electromagnéticas, ha sacado a la palestra, una vez más, la cuestión de la ciencia en España. Es inevitable que sea así, aunque no sea el mejor escenario para una discusión cabal del papel de la ciencia en un país en el que tal discusión se intensifica precisamente en momentos de desgracias, en situaciones de crisis.

Es absolutamente cierto que, citando algunas manifestaciones aparecidas estos días, España es "un país de poca ciencia", o que "la existencia de una comunidad científica fuerte e independiente es un elemento clave para resolver los problemas que plantea de forma repetida nuestro mundo moderno". Sí, es cierto que vivimos en un mundo cuyas características hacen que sea imprescindible poseer extensos "depósitos" de conocimientos científicos. Más aún, que vivimos en un mundo penetrado por la ciencia y la tecnología en tal medida que aumenta nuestra indefensión cuanto menor es nuestro grado de familiaridad con esa ciencia y esa tecnología. Hay evidentemente que escuchar a los científicos y dar la bienvenida o exigir su ayuda y conocimientos, más aún en momentos de crisis. Pero al mismo tiempo hay que tener muy claras algunas ideas acerca de lo que es y lo que puede ofrecer la ciencia, a la que yo considero, me apresuro a señalar, la mayor fuerza liberadora a disposición de la especie humana; liberadora de errores, mitos, servidumbres y limitaciones físicas (aunque no debemos olvidar otros, como la idea de justicia). La ciencia es, en efecto, el mejor instrumento que poseen los humanos para resolver problemas relacionados con la naturaleza que les rodea, *pero la ciencia no puede resolver todos los problemas.* O dicho de otra forma: no todos los problemas tienen solución, o no lo tienen en el lapso de tiempo que sería necesario para evitar algunos de los problemas que a veces afectan, de repente o no, a la sociedad, problemas como pueden ser los agujeros de la capa de ozono o el sida. Sabemos demasiado bien cuántas esperanzas se depositaron hace algunas décadas en la capacidad del conocimiento tecnocientífico para que encontrase una solución a los problemas energéticos de la humanidad. No eran pocos los que pensaban, e incluso proclamaban, algo así como: "No importa que expoliemos los recursos energéticos procedentes de depósitos fósiles, producto de procesos que han llevado millones de años. La ciencia nos resolverá el problema". Hoy no es tan fácil que alguien se manifieste con tanta seguridad. ¡Y qué decir del cáncer! En 1971, Nixon estableció en Estados Unidos un gran proyecto que pondría final, pensaba él, en pocos años a ese terrible y tan extendido mal que es el cáncer. Es bien sabido que no ha pasado a la historia precisamente por convertir aquel espléndido y humanitario sueño suyo en realidad.

Si esto no se comprende, si no se sabe que la ciencia es un instrumento maravilloso de conocimiento y de actuación, pero que tiene sus límites y sus tiempos propios y variables, puede suceder que haya quienes se sientan engañados al comprobar, en situaciones de crisis social, cuando desesperadamente necesitan soluciones, que éstas no llegan tan pronto y eficazmente como creían o como algunos les habían inducido a pensar. Y que entonces surja algún tipo de resquemor ante la ciencia. Sería un grave error: ¿piensa alguien que el que la ciencia no haya sido capaz todavía de erradicar el cáncer o el sida significa que la solución provendrá de algún otro tipo de "conocimiento"? En el caso de los agujeros de ozono, por ejemplo, ¿habríamos sido capaces de darnos cuenta de su existencia, causas y forma de combatirlo sin la ciencia?

Hay, por consiguiente, que reclamar la intervención de los científicos en situaciones de crisis como la provocada por el *Prestige,* pero tengamos claro también otras cosas, como el no caer en la tentación de hacer unos héroes o unas personas de probada altura moral a los científicos. Durante estos días he escuchado manifestaciones que se pueden tomar (no digo que quienes las han aireado piensen de esta manera) en el sentido de que los científicos constituyen el contrapunto de políticos y gobernantes, que con frecuencia intentan promover las opiniones que más les convienen, mientras que los científicos representan el paradigma de la independencia de juicio. Ahora bien, una cosa es que los resultados científicos no deban estar mediatizados por ningún interés, que *el proceso de la investigación científica deba ser objetivo en grado sumo,* y otra muy diferente que cuando los científicos manifiestan opiniones relativas a la práctica de sus disciplinas (sobre, por ejemplo, qué ramas de la ciencia hay que apoyar más, o acerca de la probabilidad y relevancia social de investigaciones concretas) no puedan ser, ellos también, parciales en ocasiones. Por eso precisamente, porque inevitable y acaso legítimamente, los científicos son individuos que no se pueden sustraer a sus propias y personales (o institucionales) expectativas (modelos de sociedad, ambiciones profesionales, visiones e inclinaciones científicas), no son los momentos de crisis los mejores para tomar decisiones de política científica que puedan afectar profunda y largamente a una política global. En semejantes momentos, la perspectiva suele o puede estar deformada y las ocasiones para el ventajismo y el oportunismo, mucho mayores, porque científicos, buenos científicos, oportunistas y ventajistas también los hay, como en cualquier otra profesión. Si es preciso —lo es— tomar decisiones en esos momentos, extrémense las precauciones y no se tomen de forma tal que hipotequen futuros diseños de política científica. La ciencia española no puede vivir a expensas de tragedias.

Otra razón por la que las situaciones de crisis no son las mejores para discusiones sobre políticas científicas con implicaciones generales es porque la dimensión "aplicada" de la ciencia, de favorecer a la ciencia por su utilidad social, se intensifica entonces. Y bastante intensificado está ya este sentimiento hoy día. No creo ser sospechoso de favorecer una visión idealista de la ciencia, una visión que se ensimisme en el valor, por encima de todo, de la ciencia "pura": en bastantes oportunidades he recalcado la importancia que para la ciencia "básica" tiene la tecnología, y que las fronteras entre ambas son con frecuencia borrosas. Por eso mismo di la bienvenida, en estas mismas páginas, a la creación de un Ministerio de Ciencia y Tecnología al inicio de la presente legislatura. Pero cuando esa legislatura camina ya hacia su término, el balance de semejante ministerio se me antoja poco positivo para la ciencia nacional. No sólo por los problemas en la distribución de recursos, denunciados repetidamente por los científicos (por no hablar de que el Gobierno ha incumplido la promesa que hizo de aumentar sustancialmente el presupuesto para investigación, acercándonos a los de países más avanzados), sino también por lo abrumadoramente mucho que sus dos titulares

Pasa a la **página siguiente**

MÁXIMO

CARTAS

AL DIRECTOR

Los textos destinados a esta sección no deben exceder de 30 líneas mecanografiadas. Es imprescindible que estén firmados y que conste el domicilio, teléfono y número de DNI o pasaporte de sus autores. EL PAÍS se reserva el derecho de publicar tales colaboraciones, así como de resumirlas o extractarlas cuando lo considere oportuno. No se devolverán los originales no solicitados, ni se facilitará información postal o telefónica sobre ellos. Correo electrónico: CartasDirector@elpais.es

Cuatro preguntas tontas y otra más aún

Primera. Después de lo del *Prestige* (y el *Mar Egeo,* el *Erika,* el *Exon Valdez* y todos aquellos de los que no nos enteramos por naufragar en alta mar —lo dijo Cousteau hace muchos años, no me lo invento—), ¿por qué nadie exige energías alternativas ya?

Segunda. Hablando de petróleo, ¿el posible ataque de Estados Unidos a Irak no tendrá que ver con los recursos energéticos de dicho país más que con Sadam Husein y todas esas pamplinas del *eje del mal?*

Tercera. Y por cierto, ¿por qué Estados Unidos y quienes ellos digan sí tienen derecho a tener armas de destrucción masiva (y a usarlas cuando les venga en gana)?

Cuarta. ¿A nadie le chirría ver a los soldados estadounidenses vestidos de Papá Noel cargando sus bombas —regalos de muerte— en los aviones?

¿Feliz Navidad?— **Laura Husé Valle.**

El euro y la peseta

Hace un año que venimos utilizando el euro como moneda y dejamos "de lado" a nuestra querida peseta; y reflexionando sobre el asunto, como ciudadano de "a pie" que soy, trato de hacer un balance de lo que ha supuesto para mí este cambio.

Un encarecimiento considerable de los precios al haberse, lógicamente, hecho redondeos al alza en todos los órdenes, pues en España estábamos acostumbrados a que los precios fueran 25, 50, 75 o 100 pesetas y ahora tratamos con el euro de hacer lo mismo (un guardarropa antes valía 100 pesetas por prenda y ahora vale un euro, ¿lógico?).

Me dijeron que cuando saliera al extranjero no tendría que "cambiar moneda" y eso era muy bueno... Pero, como casi la mayoría de los españoles, yo no he salido al extranjero (soy un ciudadano de "a pie"), y lo que antes tenía que hacer sólo los 10 días que salía al extranjero cada cuatro o cinco años, ahora lo tengo que hacer diariamente un montón de veces.

Y, finalmente, tampoco ha valido para unificar las monedas de toda Europa, porque cada país tiene las suyas propias, aunque sea sólo el reverso, con lo cual el "privilegio de acuñar moneda" sigue existiendo.

¡Querida peseta, cuánto te echo de menos!— **José Luis Martín García.** Madrid.

Adiós al humor inteligente

Tristeza e indignación. Esto es lo que sentí cuando me enteré de que *Caiga Quien Caiga* no seguirá en la parrilla televisiva a partir de este mes de enero de 2003. Los criterios empresariales que Tele 5 alega que han condicionado su decisión me parecen una excusa barata. Aunque no haya pruebas concluyentes de ello, la sombra del Gobierno aparece detrás de este asunto.

No hay que ser un lince para saber que la inteligente y mordaz crítica de *CQC* había levantado más de una ampolla entre Aznar y sus ministros. Pero no por ello existen razones para atentar contra uno de los derechos básicos de cualquier país democrático como es la libertad de expresión, a menos que no se falte a derechos como la imagen y el honor de las personas.

No creo que *CQC* haya incurrido en esta falta, sino simplemente ha expuesto su particular visión de la actualidad política, económica y social de este país, con la que se puede estar de acuerdo o no, pero a la que hay que respetar.

España es un país con una falta alarmante y lamentable de cultura humorística y crítica. La desaparición de *CQC* supone un golpe certero y mortal a la ya de por sí penosa programación de este país.

Seguro que a partir de ahora los miembros del Gobierno dormirán más tranquilos. Felices sueños.— **David Torras.** Sant Just Desvern, Barcelona.